



CAPITULO DECIMO QUINTO.

Audiencia privada de Su Santidad.—Alocución del Ilmo. Sr. Ibarra.—Contestación del Santo Padre.—Entusiastas aclamaciones.

Roma, Marzo 13 de 1898.

Sr. D. Vicente de P. Bustos.

México.

POR ser de grande interés para los socios del Apostolado de la Cruz, y aun para todos los mexicanos, me tomo la libertad de remitirle la siguiente relación de la audiencia que Nuestro Santísimo Padre se dignó conceder á la peregrinación mexicana, y de la solemne función

religiosa que ésta celebró ayer en la *Capilla del Colegio Pío Latino Americano*, con alguna otra noticia de interés:

“Llegaron los peregrinos mexicanos á la Ciudad Eterna el 28 de Febrero, muy contentos del buen tiempo que Dios les concedió en la navegación, y muy satisfechos del trato cariñoso y atento que recibieron en los vapores *Buenos Aires, México y Montserrat* de la Compañía Trasatlántica española.

“Del recibimiento que se les hizo en Barcelona y de las atenciones que allí se les prodigaron, todos los peregrinos hablan y se acuerdan con verdadero entusiasmo. El Ilmo. Sr. Ibarra, el R. P. Rector del Colegio Pío Latino Americano, varios alumnos mexicanos del mismo Colegio, el Cónsul de México y muchas otras personas recibieron á los peregrinos en la estación de Roma.

“De allí todos se distribuyeron con mucho orden á las diversas casas en que con la debida anticipación se les había preparado hospedaje.

“Luego, el día 2 de Marzo, pudieron los señores Obispos concurrir con los Cardenales y demás prelados presentes en la Cu-

ria á felicitar al Santo Padre, con motivo del aniversario de su coronación; el día tres los señores Obispos asistieron en la Capilla Sixtina á la función papal del aniversario, y los peregrinos con ese motivo también pudieron por vez primera ver al Sumo Pontífice, pues todos obtuvieron el permiso correspondiente para presenciarse el tránsito del Papa en la Silla Gestatoria de las salas Ducal y Regia á la Capilla Sixtina. Experimentaron ese día los peregrinos mexicanos lo que el corazón de todo católico siente al ver por primera vez al Vicario de Jesucristo en la tierra: no hay emociones con las cuales puede ésta compararse. Yo ví á los peregrinos con los ojos arrasados de lágrimas, sólo por haberlos fijado en la persona del Papa; oí á varios que bendecían á Dios con palabras las más sentidas sólo por aquella dicha, y á muchos oí decir que darían por muy bien empleados trabajos, dinero, peligros y demás incomodidades del viaje, sólo por gozar lo que en aquellos breves momentos habían ellos gozado. Nada aventurado me parece decir que Jesucristo, juntamente con la plenitud del poder que concede al Sumo Pontífice, le confiere

tal majestad sensible y corporal, por decirlo así, que con ella despierta los afectos más delicados del corazón de los que le ven, corrobora la fe de los que le están sujetos, llena de entusiasmo al católico y le hace barruntar un destello de la felicidad que Jesucristo promete á los que perseveran unidos á Él por medio de su Vicario.

“Estando ya repartidos los boletos de permiso para que los peregrinos mexicanos asistieran á la misa que el Santo Padre celebraría el domingo seis de Marzo en la sala de los Consistorios, se anunció la víspera de este día, que la misa se trasferiría para el lunes siguiente, según parece por temor de no cansar demasiado al Papa, ya fatigado con las recepciones que hubo de hacer con ocasión del aniversario de su Coronación.

“Y en efecto, el lunes 7 á la misa citada asistieron todos los peregrinos mexicanos, juntamente con unos 300 peregrinos suizos que habían llegado á Roma desde los primeros días del mes. Nueva impresión también fué ésta para los peregrinos, puesto que no puede menos que ser sobremanera edificante apreciar la suma devoción que se

trasluce en las ceremonias todas, palabras y porte de S. S. León XIII al celebrar el Santo Sacrificio. Hubo peregrino que decía parecerle que aquella manera de celebrar era la de un sacerdote recién ordenado que por primera vez ofrece el sacrificio incruento del altar. Tal es la expresión que el Papa da á todo lo que dice y hace durante la misa, que se ve quien la oye, precisado á confesar que aquel hombre vive de fe y que en aquellos momentos se encuentra trasportado al tercer cielo.

“Llegó por fin el día de la audiencia, en que no sólo sería dado á los peregrinos ver al Pastor Supremo de la Iglesia y oír su voz; sino hablarle, besarle la mano, y ser objeto de las caricias paternas.

“El día 10 á las once de la mañana comenzaron á llegar los peregrinos á la Sala Clementina, que es la primera que se encuentra al entrar á las habitaciones ordinarias del Papa. Esta sala casi cuadrada, que debe medir unos quince metros de cada lado, se encontraba custodiada por soldados suizos, de vistoso uniforme, y rodeada de bancos cubiertos de alfombra verde, en los cuales se iban colocando los peregrinos, se-

gún las indicaciones del Sr. Cónsul de México. En todos los peregrinos se veía pintada la alegría con que se encontraban en aquel lugar, esperando la llegada del Papa.

“Cerca de las doce salió el Papa de sus aposentos á la sala, sentado en un sillón y rodeado de la guardia noble, de hermoso uniforme militar, y las espadas desnudas y levantadas, los tres Srés. Obispos de Puebla, Chilapa y Tamaulipas, Mr. Caggiano de Acevedo, Mr. Sabbatucci y varios camaristas de la corte pontificia: entre cuatro criados vestidos de rojo movían el sillón, que apenas se levantaba del pavimento, y de esta manera, dando vuelta por la sala, se detenían descansando el sillón en el suelo, cada dos ó tres pasos. Comenzó á oirse la voz del Papa, sonora aun y robusta, en medio del mayor silencio, y era que el Papa se dirigía con palabras llenas de ternura á cada uno de los peregrinos en particular, los cuales se le arrodillaban enfrente al ser presentados por los señores Obispos, le besaban la mano y pedíanle la bendición para sí, para sus deudos y amigos. Para cada uno tenía el Sumo Pontífice alguna frase de cariño, una caricia, una bendición

afectuosísima. Cuando hubo dado la vuelta á todo el salón, colocaron al Papa casi en el centro de la sala, formando un cuadro en su rededor los guardias nobles, los soldados suizos y todos los peregrinos, quedando dentro del cuadro y enfrente del Papa los señores Obispos: entonces el Ilmo. Sr. Ibarra comenzó á dar lectura á un discurso, que aunque compuesto por el Ilmo. Sr. Amézquita y debiendo haber sido leído por este señor, el Papa, sin embargo, al salir de sus habitaciones trayendo en la mano el discurso que se le había entregado con la debida anticipación para que diera licencia de leerlo y contestara, si así le parecía, dirigiéndose al Sr. Ibarra le dijo:

“El Obispo de Chilapa que lea lo que tiene que decir.

“Aunque esto parecía una mera equivocación, no quisieron sin embargo los Sres. Obispos contravenir lo indicado por el Papa; y así leyó el Ilmo. Sr. Ibarra el discurso en latín, que en fiel resumen decía lo siguiente:

“Aquí teneis á vuestros pies, Santísimo Padre, éstos tus hijos, que vienen de lejanas tierras á mirar tu rostro y gozar de tu

presencia antes que se ponga esa luz resplandeciente que luce en el firmamento. Somos tus ovejas, que te conocen, te siguen y oyen tu voz. Mirános y conocenos. México, que en otro tiempo consoló á la iglesia católica con su pronta conversión á la fe, cuando ésta se perdía en varias regiones del mundo antiguo, también lloraha en estos últimos tiempos inconsolable, sin esperanza de remedio; pero vuestra paternal solicitud se movió á compasión de nosotros enviándonos un Visitador Apostólico, que dotado de ciencia y prudencia en el gobernar, con sus cuidados y diligencia remediará nuestros males. Y no quedaron defraudadas vuestras esperanzas, Beatísimo Padre, porque las cosas eclesiásticas de México poco á poco van de tal manera mejorándose, que es de esperar que pronto lleguen para la iglesia mexicana días de más plena paz y libertad. Por lo cual, después de dar á Dios las debidas gracias, con gusto hemos atravesado el Atlántico, venimos á Roma y hemos logrado la dicha de postrarnos á vuestros pies, para manifestaros nuestra más rendida gratitud. Somos pocos, pero llenos de devoción y abrasados de amor por

la Sede Apostólica, á la cual por especial providencia de Dios habéis sido sublimado en estos tiempos tan difíciles. Bendecid, pues, Santísimo Padre, á todos los que aquí estamos y tenemos la dicha de estar en vuestra presencia: bendecid á la iglesia mexicana aquí representada por Obispos, Canónigos, clero y pueblo; bendecid á la República Mexicana. Bendecid también á la Asociación mexicana que se gloria con el nombre de *El Apostolado de la Cruz*, la cual fué la iniciadora de esta peregrinación, llevada á cabo por los trabajos y empeños del Visitador Apostólico y demás Obispos de la República Mexicana. Nuestros hermanos, los católicos de Barcelona, al hacer á los peregrinos mexicanos una cordialísima recepción, nos encargaron con encarecimiento que al presentarnos nuestros obsequios, os hiciéramos presente su amor y fidelidad, pidiéndoos una bendición especial para los miembros de la Sociedad Católica y socios de la Salutación Sabatina.

“El Papa entonces con una voz sonora y sumamente reposada contestó de memoria y en latín con una breve alocución, que en cuanto á la sustancia decía lo siguiente:

“Antes de contestar á las palabras que se Nos han dirigido, tenemos que manifestaros nuestro agradecimiento y daros nuestra bienvenida, amados hijos nuestros; pues no se Nos ocultan los sacrificios y trabajos que trae consigo un viaje como el vuestro de tan lejanas tierras, en esta estación del año, tan costoso y lleno de peligros é incomodidades. Habéis sin embargo superado todas estas dificultades para venir á esta ciudad, no sólo con el fin de admirar sus basílicas y monumentos, sino principalmente con el de venerar los sepulcros de los Santos Apóstoles y honrar en nuestra persona á la Cabeza invisible de la Iglesia, que es Jesucristo.

“En verdad os podemos decir que el ver nos hoy rodeados de vosotros es uno de los mayores consuelos que el Señor Nos ha concedido en los veinte años que ha regimido los destinos de la Santa Iglesia. Bendecimos, pues, con la mayor efusión de nuestro corazón á todos los presentes, así como á todas sus familias; bendecimos también desde lo íntimo de nuestra alma, á todos los Obispos de la República Mexicana, á los Canónigos, Clero y pueblo todo.

“Bendecimos igualmente á la República entera, para que pronto se realicen las esperanzas que me habéis manifestado. Damos también especial bendición al Apostolado de la Cruz, nacido en la Diócesis de Chilapa: y deseamos vivamente que se propague por toda la República. Damos, finalmente, nuestra bendición, conforme lo habéis pedido á la ciudad de Barcelona, que tan cariñosa se mostró con vosotros.

“Pero antes de terminar quisimos haceros un encargo especialísimo y es, que al volver á vuestra patria, allá á los pies de la Santísima Virgen de Guadalupe, roguéis á ella por Nos.

“Cábenos el gusto de manifestaros que desde nuestra niñez, hemos tenido gran devoción á la Santísima Virgen de Guadalupe, y que en ella hemos colocado nuestras esperanzas y las colocamos ahora. En prueba de nuestra devoción compusimos, hace algunos años, unos versos para que se escribieran al pie de su imagen, los cuales decían:

Mexicus heic populus mira sub imagine gaudet
Te colore alma parens praesidioque frui.
Per te sic vigeat felix teque auspice Christi
Immotam servet firmior usque finem.

“Sí, amados hijos nuestros, la Santísima Virgen de Guadalupe conservará en Méjico la fe, que es el fundamento de la salvación.”

¶ Todos escuchaban las palabras del Papa con un recogimiento grandísimo; todos estaban enternecidos, y este efecto llegó al extremo de las lágrimas, cuando oíamos aquel encargo especial del Anciano Venerable.

Llamó, en efecto, muchísimo la atención en la alocución del Papa el que, sin que se le hubiera hecho mención de la Santísima Virgen de Guadalupe, habló de ella con gran fervor y palabras tiernísimas. Me abstengo de hacer comentarios. Únicamente haré observar que, á mi modo de ver, no hay que admirarse mucho de esta conducta del Sumo Pontífice, porque ante la Historia Eclesiástica y en la mente del insigne León XIII, la Santísima Virgen de Guadalupe y México van tan estrechamente unidos, que parecería incompleta una alocución de esa clase dirigida á los mejicanos, sin la expresa mención de la Virgen mejicana, como sería imposible hablar de la Virgen de Guadalupe sin recordar á Méjico. ¡Qué lección! Basta.

Al terminar el Papa su alocución, se puso en pie y todos se arrodillaron: dió la bendición á todos las presentes y volvió á sentarse en su sillón. Los criados se levantaron y lo robaron á nuestras miradas; pero no á nuestros corazones. Aquel retrato venerable lleno de majestad y bondad al mismo tiempo, quedará eternamente grabado en el corazón de los mejicanos que tuvieron esta felicidad, justo premio de los trabajos y penalidades propios de una peregrinación de este género. Acababan los criados de levantar al Pontífice para llevarlo á su aposento, cuando se escuchó un gr^{to} solemne: “Viva el Papa Rey,” y nutridos aplausos acompañaron aquel grito, que se repitió hasta que el Papa se perdió enteramente de vista. Así terminó la audiencia.

Estaban de antemano citados todos los peregrinos para retratarse después de la audiencia; pero por haber terminado ésta cerca de la una tarde, se creyó oportuno diferirlo para el día doce, después de la función, á la cual tenían que asistir todos, y de la que paso á dar una breve relación.

Desde que llegaron los peregrinos á Roma, se acordó celebrar una función religio-

sa, y á este fin se repartió con oportunidad la siguiente invitación:

“Los Ilmos. Señores Obispos de Puebla, Chilapa y Tamaulipas, y los demás peregrinos mejicanos tienen la honra de invitar á Ud. á la función religiosa, que en acción de gracias por el feliz éxito de la peregrinación y por la salud y prosperidad de Nuestro Santísimo Padre, dedican á la Santísima Virgen de Guadalupe y celebrarán el día doce del corriente á las nueve de la mañana, en la capilla del Colegio Pío Latino-Americano, Vía Gioachino Belli, 3, Roma Marzo de 1898.

Se adornó la citada capilla con el mayor lucimiento, pues son en verdad sorprendentes su altar, sus candelabros y sus arañas. Esta capilla aunque lleva ese nombre es una verdadera Iglesia, pues consta de tres naves, teniendo la principal cerca de 40 metros de largo con anchura proporcionada.

Es de esmerada arquitectura y está adornada con relieves y pinturas de muy buen gusto. Sobre todo, para un mejicano tiene el atractivo de representar en la parte superior del ábside la Aparición de la Santí-

sima Virgen de Guadalupe, ante el Sr. Zumárraga. A la hora citada del día doce, se encontraban reunidos todos los peregrinos con los demás invitados, en el cuerpo de la capilla, ocupando el coro cien alumnos del Colegio, todos en traje coral, presididos por los Sres. Canónigos Gordillo y Romero, de Guadalajara, Rosas, de Querétaro y Torres, de Tulancingó. Celebró de Pontifical el Ilmo. Sr. Obispo de Puebla, y asistían los demás señores obispos al pie del presbiterio en sus respectivos reclinatorios. Todos los ministros y capellanes de la Misa Pontifical fueron escogidos entre los 28 alumnos mejicanos del Colegio; administraba de Diácono el Sr. Tiveits, Presbítero mejicano, de Subdiácono, el Sr. Fulcheri, Subdiácono recién ordenado, y de Presbítero asistente el Sr. Cerna, misionero Josefino y Procurador General de su congregación en Roma. El canto fué desempeñado por los mejores maestros de Roma, acompañados de un numeroso coro de niños.

El sermón lo pronunció el Ilmo. Sr. Ibarra, quien con su acostumbrada sólida piedad supo conmover á los oyentes. Se propuso demostrar que la Santísima Virgen de

Guadalupe al traer los peregrinos á Roma, les había concedido tres gracias, de las llamadas externas, muy eficaces para asegurar la salvación: la primera consiste en haberlos puesto en condición de penetrarse más y más de lo que son las vanidades del mundo: la segunda consiste en recordar muy á lo vivo los ejemplos de virtudes cristianas de todos los santos; y la tercera en oír la voz del Vicario de Jesucristo. Demostró brevemente, pero con suma claridad y cristiana elocuencia, los tres puntos á saber: en el primera recordó que no hay ciudad más á propósito que Roma para desengañarse de las vanidades y grandezas mundanas, puesto que no hay quien no lea claramente en las ruinas de los estupendos edificios de la antigüedad, aquellas palabras del Sabio: "Vanitas vanitatum et omnia vanitas." En el segundo punto mencionó brevemente los recuerdos históricos de los santos que se encuentran á cada paso en la ciudad de Roma. Citó á San Luis Gonzaga, á San Juan Berchmans, á Santa Inés y á San Ignacio, tantos confesores y mártires presididos por los dos príncipes de los Apóstoles, San Pedro y San Pablo; alegando después aque-

llo de San Agustín al leer las vidas de los Santos: "¿Si isti et istae cur non ego?" Habló en tercer lugar de la gracia celestial que se encierra en oír la voz del Pastor Supremo de la Iglesia, del cual con mayor razón que de los demás ministros de Jesucristo debe entenderse aquello de "Qui vos audit, me audit." Recordó los puntos tocados por el Padre Santo en su alocución; hizo ver en seguida cuáles eran las obligaciones que resultaban de cada una de estas gracias alcanzadas por la Santísima Virgen de Guadalupe á los peregrinos, trayéndolos sanos y salvos á la Ciudad Eterna.

En la peroración comenzó con pedir á la Santísima Virgen de Guadalupe, por cada uno de los señores Obispos presentes, por los allí representados de Méjico, Guadalupe, Querétaro y Tulancingo, y por todos los peregrinos; prosiguió exhortando á todos para pener de una manera especial sus diócesis y familias á la sombra de la tumba gloriosa de los santos Apóstoles; y finalmente, en nombre de las Santísima Virgen de Guadalupe, su amparo y especial protección para el Colegio Pío Latino Americano y para el Sumo Pontífice.

Del sermón, baste decir que hizo derramar muchas lágrimas. En seguida, se expuso sobre la mesa del altar el Santísimo Sacramento, y á continuación el Ilmo. Sr. Fierro entonó el solemne *Te Deum*, dando después del *Tantum ergo* la bendición. Terminada la bendición cantó el coro el himno guadalupano compuesto en Durango y cantado varias veces por los peregrinos durante su navegación. Salieron todos sumamente complacidos de la función, de las ceremonias tan bien ejecutadas, y unos á otros se felicitaban por ser tan felizmente coronados sus deseos.

A las doce del día, terminó la función, pasando en seguida á retratarse en grupo en uno de los patios del mismo Colegio.

Salieron como unos veinte peregrinos para los Santos Lugares, presididos por el Ilmo. Sr. Fierro. Estarían de vuelta en Roma para la Semana Santa, y, según sus cálculos, pensaban embarcarse de regreso para Méjico el 20 de Abril, con la intención de que, llegando á Méjico acudirían juntos al Santuario de María Santísima de Guadalupe, para cumplir con el encargo del Sumo Pontífice, celebrando al efecto una

solemne función, á la que invitarían con la debida anticipación á todos los señores obispos de la República.”

Me permitirá el Señor Doctor una palabra más. Antes de penetrar al Vaticano presentamos en la puerta nuestros respectivos boletos, y de este modo el Cónsul nos fué colocando en debido orden, según dijo el señor doctor, en unas bancas verdes, y todos cuidábamos lo que llamábamos nuestras reliquias.

Explicar lo que sentimos en aquellos felices momentos es imposible; de ninguna manera, sólo sí diremos que por tener este gusto de ver á Nuestro Amantísimo Padre lo dimos todo por bien empleado. Nunca se nos olvidará aquel instante cuando al acercarse el venerable anciano al señor doctor éste le pidió la bendición para nuestro amado Diocesano el Rvmo. é Ilmo. Sr. Alarcón, quien en seguida interrogó. ¿Por qué no vino? El Sr. Dr. Ruiz dijo; porque no puede es de edad avanzada. Acto continuo, con una sonrisa que encantaba contestó el venerable anciano: “tiene razón, dile que se cuide.”; Oh! un padre el más amante, un pastor el más solícito es el Romano Pontí-

fice, el Sr. León XIII. Salimos de este lugar llenos de tristeza, pues nunca volveríamos á disfrutar de tanta satisfacción, cómo en la presente ocasión.

Era la una, y nos fuimos á tomar alimento, citándonos en la tarde para visitar algunas otras iglesias que nos faltaban, re-servándonos los monumentos profanos para nuestro regreso de Jerusalem, á donde con el favor de Dios, dentro de muy pocos dias partiríamos. Así es que cada uno de los peregrinos, alegres y contentos nos fuimos dirigiendo á nuestros alojamientos para tomar algún descanso y proporcionar al cuerpo algunas fuerzas por medio del alimento.



CAPITULO DECIMO SEXTO.

Basilicas de Santa Julia y San Esteban.—Iglesia de San Roque.—Estatua de Garibaldi.—San Pedro in montorio.—Templo de Bramante.—Fontana Paulina.—Puerta de San Pancracio.—Academia Española.—Escalera del Vaticano.

NO queriendo desaprovechar el poco tiempo de que podíamos disponer, ordenó el Sr. Dr. Ruiz que en la tarde fuésemos á visitar las *Basilicas de Santa Julia y San Esteban*, salvo que el agua atrevida nos lo impidiera. En esta inteligencia nos fuimos despidiendo y retirando con el debido permiso de nuestro capitán.

Era de verse aquel movimiento que se notaba en la plaza del Vaticano, con tanto co-